

PERFIL DEL CATEQUISTA EN UNA ESPIRITUALIDAD ENCARNADA

Lic. Ricardo Grzona

Introducción

Existe cada vez más, una cierta claridad sobre ciertos temas en la formación de catequistas y ministros de la Palabra. En las escuelas o seminarios catequísticos se toma conciencia de la importancia del estudio de la Biblia, la historia de la salvación, cristología, eclesiología, antropología liturgia, pedagogía, psicología, etc. Pero, todavía no hay un curso sobre "Identidad del catequista", ni sobre su "espiritualidad" faltan líneas concretas sobre este aspecto, porque las pocas experiencias que conocemos están muy polarizadas. Se tratan los temas espirituales o muy desarraigados de la "tierra", casi volando por las nubes, o, por el contrario, totalmente sumergidos en los problemas sociales que no dan lugar al trascendente.

En la realidad, algunos catequistas padecen cierta confusión y desorientación acerca de su identidad, del significado mismo de su misión evangelizadora, de su contenido y de sus motivaciones más profundas.

Otros agentes de pastoral tienen acceso a una espiritualidad propia a su ministerio y a su carisma. No siempre el catequista encuentra la originalidad de una espiritualidad propia a su ministerio. Quien no encuentra su identidad o la perdió, entra en una angustia envolvente. No encuentra respuestas a sus preguntas del por qué es catequista, ni cuál es su misión en el Pueblo de Dios.

Existe una íntima relación entre la espiritualidad del catequista y su identidad (perfil). Existe un catequista ideal que la Iglesia pretende y un modo de acercarse a este ideal es la formación espiritual que apunta a una síntesis entre su fe y su vida, entre su identidad y su obrar.

Una acción -tanto eclesial como social- por parte del catequista, debe tener como base una sólida formación espiritual, que esté encarnada en los movi-

mientos sociales, políticos, económicos, culturales de su comunidad.

Hemos querido hacer este aporte, pensando en los catequistas más sencillos que, aún alejados de los centros catequísticos logran mantener la fe de sus hermanos, a costa de grandes sacrificios e incompresiones, hasta dentro de la misma Iglesia. Son ellos, a quienes hemos tenido presente para la elaboración de estas ideas.

I. PERFIL ESPIRITUAL DEL CATEQUISTA EN ALGUNOS DOCUMENTOS DE LA IGLESIA

En el Concilio Vaticano II, el decreto *ad gentes divinitus*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, promulgado el 7 de diciembre de 1965, trata algunos puntos sobre la actividad, la vocación y la formación catequística. Mas no debemos olvidar que se dedica a catequistas en lugares de misión. En varias zonas misioneras, el catequista ejerce un ministerio que es un don de Dios. En el número 15 de este decreto cuando se mencionan los diversos ministerios que son "suscitados por vocación divina del seno mismo de la comunidad" menciona a sacerdotes, diáconos y catequistas. Aquí queda abierta una cuestión de interpretación sobre la vocación (que se aclarará más adelante en el número 28) pues no se define qué significa el ministerio de la Palabra, ni si en la práctica a todos los que ejercen este ministerio, se les confía la misma autoridad.

Otro documento que menciona el tema del ministerio de la Palabra es la Constitución Dogmática DEI VERBUM sobre la Divina Revelación (promulgada el 18 de noviembre de 1965), que, en otro contexto, pone a los catequistas junto a sacerdotes y diáconos como "dedicados por oficio al ministerio de la Palabra". A ellos les confía la tarea de leer y estudiar asiduamente la Escritura para profundizar en Ella y acompañar esta lectura con la oración "para que se realice el diálogo de Dios con el hombre". Es decir que este ministerio incluye la predicación de la Palabra de Dios, que es escuchada y meditada en primer lugar por quien la predica (cfr. DV 25).

Todos los cristianos están llamados a anunciar el Evangelio, pero hay algunos a quienes el Señor llama especialmente para que se preparen, estudien, profundicen y mediten su Mensaje, para luego ofrecerlo a los demás.

Especialmente dirigida al catequista misionero es la tarea de *descubrir las "semillas del verbo"* que están presentes en las culturas donde actúan, advirtiendo que debe estar *atento a la transformación* de la sociedad cuando con su palabra y su testimonio haga germinar estas "semillas" (cfr. AG 11). Y si una parte de la misión de la catequesis es transformar las expresiones culturales a la luz del Evangelio, el catequista es un *agente de cambio*.

Para esto el Concilio exhorta a una formación de sus miembros en lo referido

al campo vocacional, preparando así el terreno para que puedan discernir, según las necesidades, la voz de Dios que llama para el apostolado (cfr. AA 30); y a algunos a enseñar entre los que todavía no conocen su nombre (cfr. AG 17: la vocación del catequista misionero). Para tener una certeza de la vocación, nos encontramos con dos virtudes que deben acompañarla:

Perseverancia y renuncia (cfr. AG 24), que serán señales de una auténtica vocación de aquel que sabe continuar por el camino señalado, seguro de enfrentar ciertas renunciaciones y que finalmente será "la renuncia a sí mismo y a todo lo que tuvo hasta entonces para hacerse todo para todos" (AG 24).

El catequista no realiza su tarea en nombre propio ni con su sola responsabilidad, sino en nombre de la Iglesia. Es en parte un misionero también él, pues se asocia a la misión de Cristo, recibida del Padre, de extender el Reino de los Cielos (cfr. AG 23). Con una dedicación especial, y de por vida, como tantos misioneros sacerdotes, religiosos y laicos; al igual que aquellos catequistas parroquiales voluntarios, con una misión privada o implícita o con un mandato oficial y explícito: todo lo que realizan en la catequesis es en nombre de la Iglesia y bajo su dependencia¹.

De todas las cualidades que se mencionan en el Concilio para aquellos que se dedican a la misión de la evangelización y la catequesis, figura con especial interés la del *testimonio*, necesario en el catequista para que los demás crean (cfr. AG 11). Testimonio que se hace efectivo en la *caridad* como una virtud indispensable en el catequista para sentirse cercano a los hombres que lo rodean, participando de todas sus manifestaciones. El testimonio es la demostración más válida que se vive de acuerdo a lo que se predica y entre las virtudes que se señalan es la principal, tanto que si fuera necesario debe estar dispuesto hasta la efusión de su propia sangre (cfr. AG 24).

Si anteriormente la Iglesia realizaba su labor con un modelo de pastoral cultural, el Concilio abre una nueva perspectiva hacia una pastoral profética. Esto, lógicamente, influirá en la figura del catequista. Si antes se hacía hincapié en las verdades del "más allá", contenidas en el mensaje cristiano, hoy se busca una evangelización del tiempo, de la historia y del espacio concreto que no son la negación de lo anterior, sino que son el "YA" y están ordenadas al alcance del Reino en el "PERO TODAVIA NO" de su concreción escatológica. Es decir, las mismas verdades de antes que se buscan desde el "aquí y ahora". De esta visión eclesial se busca una identidad del catequista, que es un servidor a través de un ministerio estable. De un catequista conocedor de dogmas y verdades de la fe, pasar a un "profeta" que catequice el tiempo y la historia,

1. Cf. J. VALLADOLID, *Educación de la fe según el Concilio Vaticano II*, Salamanca, Sígueme, 1967, 93.

para hacerla historia de salvación de acuerdo a las verdades de fe². No sólo conocer las verdades de fe, sino conocerlas para ponerlas en acto. En este caso el conocer va muy ligado al ser y el ser al hacer.

El *Directorio Catequístico General* (1971) refiriéndose a la persona del catequista, declara: "El papel del catequista es más importante que el de los textos y otros instrumentos de trabajo" (DCG 71). Esto es parte de la novedad que trae la corriente postconciliar. Si antes se daba más importancia al texto mismo y a la exposición de los dogmas en él contenido, ahora, sin restar importancia a éstos, declara a la persona que tendrá a su cargo el ministerio de la Palabra, como más importante. Esto significa atender en su persona a su formación específica y a sus procesos de fe. Si bien "el catequista tiene la obligación de transmitir la fe", también debe dar su aporte a la comunidad de acuerdo a su capacidad, estilo y personalidad (cfr. DCG 35), de allí que su atención sea importante. Atender a la persona del catequista significa ofrecerle todas las posibilidades para que pueda dar su aporte específico y se logre en él una forma de genuino testimonio cristiano.

Destaca también, el Directorio, una cualidad en el catequista: *El testimonio*, ya que la fe que profesa debe ir acompañada "del ejemplo de una auténtica vida cristiana y de capacidad para el sacrificio". Es tan importante este testimonio en la catequesis, que si faltara en las personas y comunidades, trabaría el encuentro del hombre con Cristo (que es uno de los objetivos de la catequesis) y pondría un obstáculo para que acepten la Palabra de Dios. Por esto se pide al catequista que anime a la comunidad, para que ésta evangelice demostrando que vive según el Evangelio (cfr. DCG 35).

La importancia del testimonio en el catequista ayuda a crear el vínculo que existe entre "el contenido objetivo del mensaje cristiano que es siempre norma de fe y de acción" y la real posibilidad de vivir de acuerdo a la propuesta de la fe. Si bien, vive en el mundo y participa de diversos grupos no se deja llevar por las dudas ni por los comentarios de moda. Es misión del catequista en un grupo en nombre de la Iglesia *ser testigo del mensaje*, comunicando a los otros los frutos de su fe madura (cfr. DCG 76). La tarea que desempeña el catequista no es cosa fácil, por eso hace parte del testimonio su *capacidad para el sacrificio* (cfr. DCG 35).

Muchas cualidades deberá tener el catequista, pero hay dos que lo caracterizan particularmente: *Talento y celo* (cfr DCG 71). "Mucho talento", dirá el Directorio, para evangelizar en el contexto contemporáneo tan ansioso en búsqueda de talentos para que las actividades cotidianas puedan ofrecer

2. Cf. J. MAIDEU, *Tareas de la catequesis a quince años del Vaticano II*, en "Teología y Catequesis" 1 (1982), 85.

una visión original a las cosas del mundo, cómo no pretender talento y originalidad de los catequistas, "Genuino celo cristiano", dirá también el Directorio. ¿Es que puede haber un celo que no sea genuino? Parece que sí, pues el documento lo pone, tal vez recordando muchos errores históricos de aquellos que a nombre del "celo" cristiano cometieron atrocidades. Este celo que deben tener todos aquellos que son administradores y que podría demostrarse en la *fidelidad* que se espera del catequista y que el Directorio aclara: "Fidelidad a Dios y al hombre" (DCG 34). A Dios sabiendo que el mensaje que proclama es suyo y que debe guardarlo con celo transmitiendo con fidelidad su Palabra, lo que supone conocerla y estar adherido a Ella. Al hombre, pues su tarea no se limita solamente a repetir las fórmulas tradicionales sino que éstas lleguen a ser comprendidas y para eso será necesario reexpresarlas fielmente en un lenguaje que comprendan los oyentes (cfr. *Ibíd.*).

También la *Evangelii Nuntiandi*, puede iluminarnos cuando dice que mediante el testimonio, el evangelizador ofrece un testimonio mayor al suyo: El de Dios Padre que ama al mundo enviando a su Hijo, mediante el Espíritu Santo (cfr. EN 26). Podemos entender entonces, que mediante el testimonio, se abre un camino para la comprensión del dogma: "Testimoniar que ha amado al mundo en su Hijo; que su Verbo encarnado ha dado a todas las cosas el ser, y ha llamado a los hombres a la vida eterna" (EN 26). Y el Papa, continúa insistiendo, que para muchos este testimonio de Dios puede evocarles al "Dios desconocido" que buscan a tientas porque sienten una llamada secreta en sus corazones y experimentan la vaciedad de los ídolos de este mundo. Para ellos, especialmente para estos hombres en búsqueda "este testimonio resulta plenamente evangelizador cuando pone de manifiesto que para el hombre el Creador no es un poder anónimo y lejano: es Padre" (EN 26).

El Papa señala también que es tarea del evangelizador, realizar *una síntesis entre la fe que se proclama y la vida*; "La evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre." (EN 29). En síntesis se debe realizar *adaptando el mensaje* explícito del Evangelio a las diversas situaciones de los oyentes. Esto implica también un trabajo de actualización constante. (cfr. *Ibíd.*) Esta síntesis entre fe y vida exige necesariamente una conversión de corazón, así, las estructuras que se vayan construyendo serán cada vez más de acuerdo al Plan de Dios (Cfr. EN 36)

Una relación explícita acerca del testimonio, es el deber de anunciar la liberación y de ser testimonio de la misma, ayudando a que crezca y que sea total. (Cfr. EN 30) Pero recordando que esta "liberación que la evangelización anuncia y se esfuerza por poner en práctica" no se reduce a nivel de las estructuras sino que abarca al hombre entero incluyendo su apertura al Absoluto, y que va unida a una concepción del hombre que no debe sacrificarse por la elección de una estrategia o praxis a corto plazo. (Cfr. EN 33). Podemos decir

entonces que el evangelizador (y en nuestro caso el catequista) tiene la misión de predicar la liberación y asociarse a aquellos que actúan y sufren por ella, y que junto con la Iglesia no se desentiende de los problemas temporales de los hombres, sino que reafirma en primer lugar su vocación espiritual; no substituye el anuncio del Reino por proclamar liberaciones humanas, ya que la liberación no sería completa si descuidara la salvación en Jesucristo. (Cfr. EN 34)

Como una última gran característica que debemos encontrar en el evangelizador es el *fervor* que sabe superar todos los obstáculos, manifestando cuales son los síntomas de una falta de este fervor, a veces muy comunes: "la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente, el desinterés y sobre todo la falta de alegría y de esperanza" (EN 80). Pablo VI insiste que se debe alimentar el *fervor espiritual*, que será el alma de toda la actividad en la evangelización. También creemos que este fervor puede ser educado a través de una seria formación espiritual. Esto produce un efecto especial. Muchos se dedican a evangelizar o a catequizar porque un día se sintieron llamados, pero poco a poco les fue desapareciendo esta fuerza por la rutina de las actividades y se vuelven, como diría el Papa, "tristes y desalentados, impacientes y ansiosos" (EN 80). Por eso se hace necesario dar a los "Ministros del Evangelio" una ayuda espiritual para que evangelicen con el "fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo" (Ibídem).

El Papa en su reflexión sobre la espiritualidad de la evangelización pone en guardia ante un doble problema reduccionista: El espiritualista (que se desentiende de lo temporal) y el temporalista (que prescinde de la dimensión trascendente y del anuncio explícito del Evangelio), ambos se apartan igualmente de una concepción integral del hombre y por lo tanto de Jesucristo una concepción lo ve sólo como Dios pero no como hombre, la otra lo ve puro hombre olvidando que es Dios. Estas visiones reduccionistas traen repercusiones no solo en la teología sino también en la pastoral y en la catequesis³.

El *Sínodo de 1977*, reconoce al catequista como un ministro que debe tener un cierto período de formación que lo debe llevar a estar preparado en una doble dimensión de fidelidad: El catequista debe ser *fiel a Dios y fiel al hombre*. Esto implicará, por supuesto, una preparación en ciencias sagradas (para que lo ayuden a conocer cada vez más a Dios a quien le deberá fidelidad y a tener un contacto personal con El) lo mismo que conocimientos necesarios sobre el hombre concreto de sus países y ambientes de acuerdo a lo que proporcionan las ciencias humanas (Cfr. SIN 77 No. 14).

El Sínodo también asume el tema del *testimonio*. Dedicó todo un número a

3. Cf. N. OLAYA, J. DIAZ, *Evangelii Nuntiandi: Logros y aspectos en proceso de maduración*, en "Catequesis Latinoamericana" 8-9 (1976) 32, 16-17.

la "catequesis como testimonio" y cuando toma algunas expresiones de la Tradición viva, insiste en que deben hacerse "Palabra viva para hoy". El testimonio se manifiesta en realidad como: "compromiso", "inculturación", "acción eclesial", "vida espiritual", "oración personal", "oración litúrgica" y "santidad". Todas ellas implican ser cumplidas por la comunidad, educada por el catequista. El tema del testimonio está aquí presentado de tal forma que evita que los catequistas se pierdan por los caminos extremos como el espiritualista o el temporalista al comentar que se debe actualizar la Historia de la Salvación y que la catequesis no puede separarse de un compromiso serio de vida. Que el compromiso puede tomar múltiples formas individuales y colectivas, que, partiendo de una moral "ley de Cristo", pasando por el amor, llega a la plena inserción en la Iglesia-comunidad con una solidaridad fraterna a la familia humana. La coherencia con la moral que predica la catequesis pasa por lo individual para llegar a una dimensión social del anuncio cristiano:

"Así, a partir de la experiencia de los cristianos, surgirán nuevos estilos de vida evangélica que, con la gracia de Cristo, producirán nuevos frutos de santidad" (SIN 77 No. 10).

El Sínodo tampoco dejó de hablar de la *fidelidad*, pero la presenta de una manera muy original junto al *realismo*. Ya que grandes deficiencias en la catequesis se producen por "esa falta de realismo, que es al mismo tiempo infidelidad al Evangelio y al hombre" (SIN 77 No. 6). Será entonces el realismo que se espera también en el catequista un punto importante que lo ayude a ser fiel tanto a Dios como al hombre en una profundidad auténtica en todos sus aspectos (Cfr. *Ibidem*). Se podría decir que el catequista se mueve en una *tensión tri-polar entre: realismo, fidelidad y profundidad*.

Un aspecto de realismo será la misión de la catequesis en el campo de la *inculturación de la fe*, ya que esta "ilumina desde dentro la vida de aquellos a quienes se dirige". La fe se "encarna" en las culturas en un proceso no sólo de "dar" sino también de "recibir" (Cfr. SIN 77 No. 5). Esto supone, de por sí, una actitud en el catequista que no debe dejarse llevar por sus prejuicios culturales, pues su actividad en la catequesis supera el tema cultural. El debe iluminar con el Evangelio no sólo la vida, sino también las culturas de los hombres a quienes se dirige. Lo original está también en que debe estar abierto para recibir. Al saber recibir, el catequista se capacita para otro aspecto indispensable en su actividad y que es el saber transmitir el mensaje que le está encomendado en el *lenguaje de los hombres de nuestro tiempo*. En vano serán todos los esfuerzos si no logra acertar en el lenguaje que entienden sus oyentes (Cfr. *Ibidem*).

El catequista también se encuentra con diferentes posturas en el mundo pluralista, ya sean estas religiosas, políticas o culturales. El debe mostrar una actitud de *acogida, comprensión, escucha y discernimiento de las "semillas*

del Verbo” que están latentes en las culturas (Cfr. SIN 77 No. 15). Es una *persona de diálogo*, dispuesta a confrontar su visión con los otros sin juzgarlos, buscando la verdad. Queda también en este aspecto un desafío en la formación del catequista, ya que no es fácil esta tarea del diálogo.

En la Exhortación Apostólica *"Catechesi Tradendae"* el tema del *testimonio*, como un rasgo fundamental del catequista, aparece con gran nitidez. En primer lugar el dar testimonio es una gracia del Espíritu Santo, pues su misión "es también transformar a los discípulos en testigos de Cristo"(CT 72). No basta conocer a Cristo y sentirse su discípulo(nivel doctrinal) hay que seguirlo y ser su testigo (nivel vivencial), aceptando las consecuencias de esta "vida nueva". Si la catequesis es transmitida por un testigo, quienes la reciban tendrán interés también en "dar testimonio de su fe", de transmitirla a todos los que estén cerca, de servir con un nuevo estilo de vida a la comunidad humana para que ésta crea (cfr. CT 24). Entre la catequesis y el testimonio existe una íntima relación: Sin la catequesis será muy difícil la madurez de la fe de los cristianos como para que éstos puedan dar testimonio en el mundo (cfr. CT 25). El testimonio también está muy ligado a la *coherencia* de permanecer lúcidos en la fe, de vivir adheridos al absoluto de Dios que aún en la sociedad materialista que lo niega se pueda ofrecer el testimonio de la propia vida, como luz para los demás (cfr. CT 57).

Cuando el Papa se refiere a la finalidad propia de la catequesis aclara que "no consiste únicamente en desarrollar con la ayuda de Dios, una fe inicial", sino que va más allá, haciendo crecer a "nivel de conocimiento y de vida" (CT 20) esa fe germinal. Es una labor que se dirige al nivel intelectual (conocimiento) pero que hace una apelación a la experiencia existencial (vida). Finalidad, será entonces, formar a un hombre cristiano, lo que significa decir "sí" a Jesucristo, pero nos recuerda que ese "sí" tiene dos niveles: "consiste en entregarse a la Palabra de Dios y apoyarse en Ella, pero significa también en segunda instancia, esforzarse por conocer cada vez mejor el sentido de esa Palabra" (Ibídem). Misión del catequista es, por lo tanto, enseñar a profundizar en esos dos niveles.

Juan Pablo II presenta también dos actitudes fundamentales que tendrá el catequista en la Iglesia: *humildad* y *fidelidad*. (cfr. CT 6). Humildad para reconocer que es portavoz de Cristo y que su doctrina no es suya, haciendo alusión a dos textos:

"Mi doctrina no es mía sino del que me ha enviado." (Jn. 7,16) "Yo he recibido del Señor lo que os he transmitido." (1 Cor. 11,23) Una humildad por la que "no tratará de fijar en sí mismo, en sus opiniones y actitudes personales, la atención y la adhesión de aquel a quien catequiza; no tratará de inculcar sus opiniones y opciones personales como si éstas expresaran la doctrina y las lecciones de vida de Cristo". (CT 6) Una humildad que se consigue con el con-

tacto asiduo con la Palabra de Dios, con la familiaridad con Cristo y con el Padre, con espíritu de oración. Por eso deja unas palabras de aliento diciendo: "qué desapego de sí mismo ha de tener el catequista para poder decir: Mi doctrina no es mía." (Ibídem) De la humildad se deduce la fidelidad, ya que es el catequista, que en la Iglesia "transmite no la propia doctrina o la de otro maestro, sino la enseñanza de Jesucristo, la Verdad que El comunica o, más exactamente, la Verdad que El es." (Ibídem) Fidelidad que deja aclarado que "lo que se enseña es a Cristo, el Verbo encarnado e Hijo de Dios y todo lo demás en referencia a El." (Ibídem) Esta fidelidad a Cristo lo llevará a una "íntima comunión con El", y desde allí el catequista encontrará luz y fuerza para una misión propia que será la "renovación auténtica y deseable de la catequesis." (cfr. CT 9)

Y es también por medio de la fidelidad que se le confía la transmisión de la integridad del contenido de fe, (Cfr. CT 30) que no debe ser "mutilado, falsificado o disminuido, sino completo e integral, en todo su rigor y vigor." (Ibídem) Como así tampoco "a ningún catequista verdadero le es lícito hacer por cuenta propia una selección en el depósito de la fe, entre lo que estima importante y lo que estima menos importante o para enseñar lo uno y rechazar lo otro." (Ibídem)

El catequista está *al servicio de la Revelación y de la conversión* (propia y de sus hermanos) (Cfr. CT 52), sin mezclar sus propios fines y opciones políticas y sociales en la enseñanza catequética, ya que ésta hunde sus raíces en la Revelación que busca un cambio radical del hombre superando "todo mesianismo temporal, social o político" (Ibídem). Servir a la Revelación es llevar el mensaje cristiano al hombre y a las culturas donde éste vive, haciendo que se encarne en ellas. Para ello es esencial el conocimiento de esas culturas y de sus componentes principales, aprendiendo sus expresiones más significativas y respetando sus valores y riquezas propias (cfr. CT 53).

El catequista también es un *maestro de oración* (cfr. CT 36-37) pues desde los primeros momentos enseña a niños y jóvenes a tener un diálogo con el Padre que está en los cielos, y por eso se espera de él que sea una persona de oración, para que pueda enseñar a los demás lo que el mismo vive. No es acaso éste un punto central muchas veces descuidado en la catequesis: Aprender a tener una relación con Dios de intimidad y confianza...?

Para Juan Pablo II el *Espíritu* es el principio inspirador de toda obra catequética y de los que la realizan, ya que abre cauces internos a la Palabra, impulsa el crecimiento y consuma la maduración de la vida Cristiana. Tal vez lo más importante es la transformación de los discípulos en testigos de Cristo. El itinerario que nos presenta es "llenarse del Espíritu, actuar como instrumento obediente a El, para asociarse inteligentemente a la obra que realiza en la Iglesia"⁴.

4. G. GROppo, *Catechesi Tradendae*, en J. GEVAERT, *Diccionario de Catequética*, Madrid, CCS, 1987, 189

El documento de catequesis de *Medellín* señala la *fidelidad* como una de las características de la catequesis. *Fidelidad a Dios y al hombre*. Pero su sencilla exposición toma una posición radical: Ser fiel al Mensaje Bíblico en su contenido intelectual implica llevarlo a la realidad vital encarnada en los hechos de la vida del hombre de hoy asumiendo totalmente sus angustias y esperanzas para ofrecerles la liberación plena y las riquezas de una salvación integral en Cristo (cfr. MED 6).

Aquí se presenta el primer gran desafío y es formar catequistas para que lleven adelante esta fidelidad que se les pide. Si bien queda cada vez más aclarado el tema del estudio bíblico, más complicado es el estudio de la realidad vital, con las angustias y esperanzas de los hombres y más difícil aún se torna el trabajo de lograr la síntesis de estas dos partes. Cuando se menciona la liberación plena y la salvación integral en Cristo quiere significar toda la vida del hombre. Al catequista entonces, se le encarga de *crear la síntesis entre la fe y la vida* y por eso debe estar muy atento de no desviarse de la doctrina cuando entre en la praxis. No será fácil formar un catequista que asuma esta catequesis:

“Sin caer en confusiones o en identificaciones simplistas, se debe manifestar siempre la unidad profunda que existe entre el proyecto salvífico de Dios, realizado en Cristo, y las aspiraciones del hombre; entre la historia de la salvación y la historia humana; entre la Iglesia, pueblo de Dios, y las comunidades temporales; entre la acción reveladora de Dios y la experiencia del hombre; entre los dones y carismas sobrenaturales y los valores humanos.” (MED 4).

También *Medellín* presenta otra fidelidad: la de la Iglesia a la Revelación, que siempre es dinámica. Tomar una conciencia del lenguaje significa por una parte profundizar en la comprensión de la verdad revelada, y por otra hacerla crecer al ritmo de la emergencia de las experiencias humanas. Y para esto la catequesis no puede ignorar los cambios que se producen en América Latina (cfr. MED 5). Por esta razón, cuando se forme a los catequistas debe tenerse en cuenta el estudio de estos cambios, lo mismo que las situaciones históricas y las aspiraciones auténticamente humanas, que forman parte indispensable del contenido de la catequesis (cfr. MED 6).

En el Documento de *Puebla* luego de dar una visión de la situación catequética en América Latina con los aspectos positivos y negativos (cfr. DP 977-991), se dan una serie de criterios teológicos, entre los que aparece en primer lugar, como meta de la catequesis, *la construcción de la comunidad*, buscando la comunión de todos (cfr. DP 992-993). Este tema de la construcción de la comunidad, muestra una opción que realiza toda la Iglesia latinoamericana; confiado a la catequesis, el catequista debe asumirlo como prioritario. Aquí es donde podrá mostrar su testimonio eclesial en favor de la comunidad.

Pero esta comunidad eclesial, se construye con bases en una *triple fidelidad*: a Dios, a la Iglesia y al *hombre latinoamericano*. Cuando habla de fidelidad a Dios, se insiste sobre esta actitud (que se viene desarrollando desde hace un tiempo en la Iglesia como hemos visto también en otros documentos): "El catequista no se predica a sí mismo, sino a Jesucristo, siendo fiel a su Palabra y a la integridad de su mensaje" (DP 994). La fidelidad que se le pide al catequista con respecto a Dios en Jesucristo, "va unida indisolublemente a la fidelidad a la Iglesia" (DP 995). Esto supone construir la comunidad y transmitir la imagen de la Iglesia, siempre en comunión con los Obispos y su misión (cfr. *Ibidem*). La fidelidad a Jesucristo y a su Iglesia desemboca necesariamente en la fidelidad que tendrá el catequista al hombre latinoamericano, a quien anuncia el Mensaje para que "penetre, asuma y purifique los valores de su cultura" (DP 996).

El desafío que presenta Puebla en la formación de catequistas es, en parte, sus conocimientos bíblicos y su relación con los textos de la Sagrada Escritura, que como fuente principal tendrá que ser "leída en el contexto de la vida" a la luz de la tradición y el Magisterio. (cfr. DP 1001). Se le confía algo más: estar preparado para iluminar con la Palabra de Dios las situaciones humanas y los acontecimientos de la vida para descubrir en ellos la presencia o la ausencia de Dios (cfr. DP 997).

Esta relación profunda del catequista con la Biblia no es sólo un conocimiento teórico. De aquí se busca una catequesis integral que una de un modo inseparable: "El conocimiento de la Palabra de Dios, la celebración de la fe en los sacramentos y la confesión de la fe en la vida cotidiana" (DP 999). Gran responsabilidad se le confía al catequista que si bien se pretende que llegue a un profundo conocimiento de la Biblia, también se pone en sus manos el hecho de llevarlas a cumplimiento en la vida y en las situaciones humanas. Para no desviarse de su camino, la vida sacramental garantizará el Espíritu Santo a quienes con apertura de corazón quieran, en nombre de la Iglesia, ofrecer este proceso de conversión y crecimiento progresivo en la fe (cfr. DP 998).

Puebla presenta una imagen de catequista a través de lo que se espera de ellos:

-Ofrecer la *integridad del anuncio de la Palabra*, superando dualismos, falsas oposiciones y unilateralidades (cfr. DP 1004);

-iniciar a los catequizandos en la *oración* y en la *liturgia*, en el *testimonio* y en el *compromiso apostólico* (DP 1005);

-impartir una catequesis *vocacionalmente orientadora* (cfr. DP 1006);

-estar preparados para desempeñar una metodología en forma de *proceso permanente* incluyendo la conversión, la fe, la comunidad, la vida sacramen-

tal y el compromiso apostólico (cfr. DP 1007);

-impartir una *educación integral de la fe* que incluirá: saber dar razón de su esperanza, el diálogo ecuménico, una moral acentuada sobre las bienaventuranzas, formulación gradual para una positiva ética sexual cristiana, y una formación para la vida política según las enseñanzas sociales de la Iglesia (cfr. DP 1008).

Todo esto no hace más que confirmarnos los desafíos que los Obispos reunidos en Puebla lanzan al Pueblo de Dios no solamente en la identidad del catequista y su responsabilidad en la Iglesia, sino también en su formación y en los caminos que se deben abrir en este campo. Si Medellín abrió nuevos horizontes para la catequesis Puebla, profundizó las opciones teológicas y antropológicas que aún se estudian en seminarios de catequesis.

El Departamento de Catequesis del CELAM (DECAT) promovió una reunión de catequistas de América Latina, en una Semana Latinoamericana de Catequesis, realizada en Quito (Ecuador) entre el 3 y 10 de octubre de 1982. Allí se elaboró un Documento llamado: "*La Comunidad Catequizadora en el presente y en el futuro de América Latina*". Sigue muy de cerca las huellas de los documentos anteriores del Episcopado Latinoamericano, haciendo énfasis en el tema de la comunidad.

Ya desde la introducción, se vislumbra un perfil de catequista latinoamericano como aquel que *busca descubrir la presencia del Señor, a la luz de su Palabra, en el hoy de América Latina* y escuchando sus llamadas en los gozos y esperanzas, alegrías y tristezas de los hombres de nuestro tiempo y sus pueblos, sobre todo de los pobres y de los que sufren (cfr. DQ 1). Esta "doble escucha" que se espera del catequista, a Dios y al hombre, será un tema fundamental para el catequista latinoamericano que llega muy madurado por la puesta en práctica de los documentos anteriores.

De la misma manera se busca que el catequista siga las pisadas de los misioneros que lo precedieron en la historia con criterios y métodos de una catequesis acorde con la cultura, lo mismo que se espera del catequista una comunión con sus pastores. (Cfr. *Ibidem*)

Si bien el tema de la comunidad es el eje de todo el documento, una misión que compete al catequista será su labor en el campo social, esto realizado bajo la luz de la fe. El valor de estas reflexiones es que están realizadas por los mismos catequistas quienes descubren que es parte esencial de su misión *interpretar los signos de los tiempos y ejercer su vocación profética* de anuncio - denuncia:

"Como catequistas llamados a iluminar nuestra realidad histórica

con la luz del Evangelio, peregrinamos con el pueblo latinoamericano participando de sus logros y de sus fracasos, pero siempre con visión de fe, interpretando las interpelaciones de Dios en los signos de los tiempos, para dar testimonio y anunciar los valores evangélicos y para denunciar todo lo que en nuestra sociedad va en contra de la filiación, que tiene su origen en Dios Padre, y contra la fraternidad, en Cristo Jesús." (DQ 2)

Con esta primera reflexión, se nos introduce en el tema principal, que será el modo de inserción de la catequesis en la comunidad, y del catequista que está dentro de la misma, para que sea una comunidad "catequizada y catequizadora" (Cfr. DQ 4). Y aún cuando dedica la mayor parte de su tiempo a la comunidad se deducen muchos aspectos de la persona del catequista que la acompaña.

Según Quito, el *ministerio catequístico* es un aspecto delicado y por eso debe ser ejercido en primer lugar por personas de fe, que siendo sensibles a la vida de la comunidad estén abiertas al diálogo y sean capaces de crear relaciones humanas.

El catequista tiene una *identidad eclesial* marcada profundamente por la pertenencia vital a la comunidad presidida por el Obispo, de quien recibe la misión de enseñar. Es en la comunidad eclesial donde se ejercita este *ministerio profético* recibido en el bautismo y ratificado en la confirmación como un servicio a la Iglesia y al mundo (cfr. DQ 13).

El catequista es un agente de transformación de su ambiente a la luz del Evangelio. Por eso mismo no está alejado del mundo sino que participa de la vida de sus pueblos. Es de esta forma que busca su *triple fidelidad* a Cristo, a la Iglesia y al hombre latinoamericano.

Si bien este tema de la fidelidad ya venía exponiéndose en otros documentos, Quito profundiza más en él diciendo que se podrá lograr a través de una profunda formación permanente con mayor alcance y calidad a todos los niveles.

Esta virtud de la fidelidad, repetida varias veces a lo largo de todo el documento llega a su punto culminante cuando se le confía la *fidelidad para leer en atenta escucha la intervención de Dios dentro de la historia compleja del pueblo latinoamericano*. Esta fidelidad de lectura implica sí, el gran desafío de una sólida formación que ayude al catequista a no desviarse de su misión, ya que los riesgos son grandes.

"Así podrá transmitir con fidelidad cuanto se la ha encomendado y no sus propias opiniones" (DQ 13).

El Departamento de Catequesis del CELAM (DECAT) por expreso pedido

de la XVIII Asamblea ordinaria del Consejo Episcopal Latinoamericano de Punta Tralca (Chile), y de la XIX Asamblea ordinaria de Puerto Príncipe (Haití), elabora un documento denominado "*Líneas Comunes de Orientación para la Catequesis en América Latina*". El mismo fue publicado por primera vez en junio de 1985. Desde un primer momento se aclara que no es un "Directorio", ya que el CELAM es un organismo de servicio a la colegialidad de los Obispos y no con potestad ejecutiva sobre Conferencias Episcopales.

El Documento ofrece una "Imagen Ideal del Catequista" (LC 179, que en parte es un resumen de otros ya vistos, con algunos detalles originales. El mérito es una síntesis muy bien lograda y con la sinceridad de exponer que se trata de una imagen "ideal", que por otro lado será un desafío a su formación, de modo que aquellos que se dedican a este tema pueden encontrar aquí una buena línea de acción. El catequista es (cfr. LC 179):

-Persona de *espíritu evangélico* que ha tenido un verdadero *encuentro con Cristo*. Son estas las primeras cosas que propone y de ellas deriva todo lo demás. Un espíritu abierto al Evangelio y a su transmisión. Esta, que es una gracia de Dios, va unida a su relación personal con el Señor. Si el catequista anuncia a Cristo no es este un anuncio teórico, es algo que vive y conoce.

-Persona de *oración y práctica sacramental*. El encuentro con el Señor se realiza especialmente a través de estas actividades que lo llevan a estar unido al Señor como los sarmientos a la vid ya que sin El no se puede hacer nada. Por eso, si el catequista quiere ser alguien debe acercarse y unirse al Señor para poder hacer algo.

-Persona de gran *fidelidad* a quien se le puede confiar que enseñe la fe de la Iglesia y no sus opiniones u opciones personales.

-Alguien capaz de *trabajar en equipo*, ya que éste es un lugar donde la preparación y la formación permanente puede ser enriquecida por el aporte de los demás y donde los límites de cada uno por separado pueden ser superados por la complementación mutua, es en el equipo donde nace una mística de trabajo que facilita el espíritu de oración y la superación de muchas dificultades.

-Persona que conoce profundamente el *material catequético* a su alcance y de su empleo. Esto que parece solamente una anotación didáctica es en realidad fundamental ya que el arte de enseñar se ve cada vez más enriquecido con ciertos materiales que van destinados para momentos especiales y deben usarse en su preciso tiempo. Del mismo modo está preocupado por su *formación permanente*.

-Quien está *integrado en una comunidad cristiana*, no es un francotirador que realiza la labor catequética en forma aislada sino que participa tam-

bién en la *pastoral de conjunto*.

-Está *ubicado en la época y en la sociedad y en la comunidad* que le toca vivir. Esta ubicación es parte de la *fidelidad* que se le pide hacia el hombre que catequiza "desde la vida" proponiendo a la cultura de su medio el misterio de Cristo y haciendo surgir expresiones originales de celebración y de actitudes evangélicas.

-Finalmente se espera de él, que sea una persona con *espíritu de alegría y esperanza para superar las dificultades* y el cansancio, pues sabe que el Señor lo acompaña en su quehacer todos los días hasta el fin del mundo.

A esta imagen de catequista ideal corresponderán ciertas condiciones, que por supuesto, deben reunir los aspirantes a catequista. Por ser la catequesis una "realidad rica, compleja y dinámica que comporta la evangelización", no todos los cristianos están llamados a ser catequistas (cfr. LC 181).

Dos tipos de condiciones se ponen: humanas y de fe. Entre las *condiciones humanas* nos encontramos (cfr. LC 182): Poseer un *equilibrio psicológico* necesario para relacionarse normalmente; *capacidad de escucha* a otros para poder aceptar sus críticas y poder progresar en el ministerio y en el trabajo en equipo. *Conocer sus cualidades y defectos* para situarse correctamente en la realidad; *conocer y respetar el ritmo de los otros* en sus caminos hacia Dios, conocer sus expresiones y las verdaderas motivaciones que condicionan a los catequizandos; *espíritu de responsabilidad y constancia* para superar las dificultades; poseer *sensibilidad e integración* en la realidad que vive (económica, social, política);

II. ESPIRITUALIDAD DEL CATEQUISTA Y "ENCARNACION".

Es muy común que por una fascinación de trabajos apostólicos, el catequista, se vaya metiendo en un activismo de proyección hacia afuera, llegando, muchas veces sin darse cuenta, a una evasión que le impide ver las cosas de adentro, los problemas de fe no resueltos, y las contradicciones existentes. El catequista debe significar en "sí mismo" el primer y fundamental "momento de catequesis", para que los otros "momentos" del servicio catequístico tengan eficacia en sus catequizandos, ya que el mensaje propuesto con *gestos y palabras* esté acorde con el mensaje propuesto desde la vida"⁵.

5. Cf. P. DAMU, *El ser antes que el hacer*, en "Didascalia" 42 (1988) 411, 4-6.

A. La Vocación

1. Llamado por Dios a través de la Comunidad Eclesial

A lo largo de la historia podremos constatar que, ante necesidades concretas, Dios llama a hombres concretos, a que den en su nombre una solución concreta. El famoso principio de la teología: "Dios actúa por causas segundas", se ve aquí con claridad. El hecho de existan hombres que se sienten llamados por Dios a dar una respuesta concreta, en un determinado trabajo que a los ojos humanos puede parecer lo más natural, es en realidad parte de la acción de Dios en la historia.

Una necesidad concreta, es en la Iglesia, la interpelante "necesidad" de educar en la fe a sus miembros, anunciar la Palabra de Dios, ayudarse para cumplirla, etc. Dios llama a los catequistas desde la Iglesia y para la Iglesia⁶. Tener catequistas en la Iglesia es una muestra del amor de Dios, es un don. Don de Dios que El da a nivel personal a algunos de sus hijos para bien de toda la comunidad. Pero no se debe perder de vista el sentido de gratuidad y predilección. Ser catequista no es por mérito particular, es un misterio de la llamada de Dios que sorprende y maravilla⁷. Por eso debe ser pedido en la oración y recibido con fe⁸. Pedido por la oración de toda la comunidad y por la persona del catequista y recibido con su fe, ya que ante la llamada del Señor, más que con una decisión se responde con la fe⁹, y a su vez la comunidad debe recibir con fe al catequista. La vocación no es nunca genérica sino situada en la comunidad real¹⁰.

Ser catequista no es una propiedad personal sino comunitaria. El catequista viene de la comunidad, en ella se sintió "interpelado" y se dirige a ella en su acción catequizadora. Pero para ejercer este carisma necesita el "mandato oficial" del Pastor o quien lo representa, que reconoce en él el don de Dios y su identidad de ser "portavoz de la Iglesia". Existe por así decirlo, una triple llamada: la llamada exterior (de Dios) a través de la comunidad; la llamada interior (de Dios como una inspiración o un deseo de dar una respuesta a esta necesidad); el llamado de la cabeza de la comunidad que oyendo a su pueblo reconoce en algunos la recepción del don de Dios y los envía oficialmente, buscando la armonía entre necesidades y posibilidades¹¹.

6. Cf. L. SORAVITO, *Identidad del catequista que hay que formar*, en Varios, *Formar catequistas en los años ochenta*, Madrid, CCS, 1984, 74.

7. Cf. G. GATTI, *Ser catequista hoy*, Santander, Sal Terrae, 1981, 29.

8. Cf. *Ibidem*, 31.

9. Cf. *Ibidem*, 27.

10. Cf. L. SORAVITO, *Identidad del catequista que hay que formar*, op cit, 75.

11. Cf. J. COLOMB, *Manual de Catequética II*, Barcelona, Herder, 1971, 820-831,

Una de las exigencias que podemos apreciar en la vocación del catequista es la *recta intención*, es decir la voluntad de anunciar la Palabra de Dios, de una manera metódica. No sólo establecer en sus oyentes la caridad de la acción sino también ilustrar su fe. No anunciar el Evangelio sólo con el testimonio, sino a través de un método, explicando no lo que piensa ni se le revela interiormente, sino la fe como la piensa y enseña la Iglesia en su forma y credo¹². Esta recta intención de anunciar a Cristo debe formarse y debe estar atenta a ir purificándose cada día, ya que con mucha facilidad puede irse perdiendo o cambiando de rumbo¹³.

Pareciera que todas las cosas, tanto internas como externas suceden por casualidad en la vocación catequística.

“Pero en realidad nada, a los ojos de Dios, ocurre por casualidad. Sobre todo cuando El escoge a sus colaboradores inmediatos, como lo es todo catequista. Sería una decisión irresponsable”¹⁴

2. Con una misión en la comunidad

El catequista es un discípulo, vale decir, una persona que ha encontrado a Cristo y acogiendo su llamada lo sigue. Aprender en la “escuela” de su maestro las verdades fundamentales y vivirlas en su interior¹⁵. En la oración con la Palabra de Dios, en un nuevo modo de pensar y vivir y en la inserción en la comunidad de los discípulos¹⁶, se va gestando en el discípulo “el enviado”, ya que él actúa no en nombre propio sino de Cristo y la Iglesia, anunciando “El Mensaje”, para la salvación de los hombres¹⁷.

Su misión no es solamente predicar, sino también hacer discípulos, es decir, no sólo anunciar “la doctrina sino a “bautizar” y a “enseñar a observar” todo lo que El ha mandado”¹⁸. Hacer discípulos implica iniciar en aquellos a quienes es enviado en un conocimiento profundo (sapiencial, no sólo intelectual) del misterio de Cristo - que implica conocer la Biblia y el Credo - ; conversión fundamental a la “nueva justicia” del Evangelio y de la vida nueva en Cristo; experiencia de oración y celebración viva de la fe; fuerte compromiso apostólico y misionero¹⁹.

12. Cf. *Ibidem*, 831-833.

13. Cf. *Ibidem*, 842.

14. G. GATTI, *Ser catequista hoy*, op cit, 23.

15. Cf.-S. PINTOR, *Identità e formazione del catechista*, Bologna, EDB, 1988, 26.

16. Cf. *Ibidem*, 27.

17. Cf. *Ibidem*.

18. *Ibidem*, 29.

19. Cf. *Ibidem*.

El catequista que en la comunidad se descubre discípulo del Señor, es enviado a ella para seguir haciendo discípulos y seguidores de Cristo. Así, por una larga cadena de discípulos, él pudo encontrarse con el Señor, entonces, está llamado a ser un eslabón en esta cadena ²⁰.

B. El Testigo

“La vida del catequista tiene que ser, como la de los profetas, una provocación para quien la escucha, porque en sus comportamientos hace presente la Palabra de Dios” ²¹.

Ser testigo del misterio que anuncia es para el catequista una actividad de primer nivel. Ya que la catequesis no es sólo doctrina, sino también vida y experiencia de Dios. El ministro de la Palabra debería poder decir: “...lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos... para que vuestro gozo sea completo” (1Jn.1,3-4).

El es testigo de Cristo resucitado, participando de un misterio que aún trascendiéndolo, lo comunica con amor haciéndolo presente a los demás. Es signo visible y creíble para los hermanos, pues da un testimonio de coherencia de vida y pensamiento, reflexión y acción. Hoy, que faltan estos “modelos creíbles y significativos”, que vivan con autenticidad ²², el catequista está llamado a ser con su sola presencia un Evangelio viviente y abierto para sus hermanos.

El mensaje cristiano siempre va acompañado del testimonio, que, si bien desconcierta y entusiasma, es tan diferente de los mensajes de este mundo que necesita testigos de credibilidad que ayuden a descubrir que detrás de lo que se anuncia está la verdad, y ésto con la garantía de una vida que lo acompaña. Así como Jesús es el testigo fiel del Padre y la Iglesia testimonia a Cristo, el catequista es por obra del Espíritu Santo testigo cualificado de Cristo y de la Iglesia²³. Esto no significa en modo alguno que el catequista sea un “supercristiano”, sino que tiene especialmente una actitud abierta al crecimiento como auténtico cristiano ²⁴.

Ante la exigencia de credibilidad, el catequista responde en primer lugar con su experiencia espiritual de Cristo resucitado, leyendo toda la historia a la luz de este acontecimiento, colocándolo a El como orientación de vida,

20. Cf. G. GATTI, *Ser catequista hoy*, op cit, 138.

21. *Ibidem*, 143.

22. Cf. L. SORAVITO, *Identidad del catequista que hay que formar*, op cit, 80.

23. Cf. G. GATTI, *Ser catequista hoy*, op cit, 137-141.

24. Cf. S. PINTOR, *Identità e formazione del catechista*, op cit, 19.

criterio último de juicio hasta la identificación plena con El. También desempeñando un servicio profético que ayuda a obrar según la luz y la verdad ²⁵.

Dar testimonio, en este caso significa: Proclamar con valentía y vivir las opciones de Jesucristo dando razón de su esperanza; expresar el juicio de Dios sobre el mundo, sin juzgar pero distinguiendo el bien del mal; saber sufrir el rechazo, la condena y la persecución del mundo que no acepta la verdad ²⁶; aceptar con valentía al desafío que el hombre de hoy hace a la Iglesia, dejándose implicar por los problemas de la vida humana y entregándose con gozo y gratitud ²⁷.

El testimonio del catequista le pide saber afrontar las crisis que va encontrando en su camino entre las que se cuentan: la de aquel que trabajando mucho tiene la impresión que no se recoge nada; la de la ambivalencia y la impaciencia; la de la minoría (sentirse pocos frente a las grandes exigencias); la del "precio" que se debe pagar por seguir el estilo de Jesús, "jugándose" para anunciar su Palabra²⁸.

Para el catequista, ser testigo de "algo apela a ser una persona más de hechos que de palabras, sin ambigüedades ni dicotomías. El descubre la gratitud de la propia fe, por eso no es un "funcionario" de la fe, sino que se arriesga a vivirla él primero, como respuesta. Testigo que experimenta en sí mismo, con alegría, la presencia liberadora del Señor. Testigo que sabe expresar esta experiencia no con un lenguaje rebuscado sino con un estilo inteligible, como quien vive lo que proclama ²⁹.

En fin, ser testigo significa ser mártir. Un testimonio que se ofrece con valentía, siempre es algo incómodo, que molesta a los que no aceptan el Evangelio.

"Martirio es el valor de la totalidad, valor que no viene de nosotros, sino que nos lo da el Espíritu en el bautismo y en la confirmación" ³⁰.

C. Servidor de la Palabra de Dios y Profeta

Que el catequista esté al servicio de la Palabra de Dios significa que es un portavoz de la Buena Noticia. No es dueño, sino administrador y experi-

25. Cf. L. SORAVITO, *Identidad del catequista que hay que formar*, op cit, 80-81.

26. Cf. G. GATTI, *Ser catequista hoy*, op cit, 141

27. Cf. L. SORAVITO, *catequista*, en J. GEVAERT *Diccionario de catequética*, op cit, 73.

28. Cf. Id., *Identidad del catequista que hay que formar*, op cit, 81.

29. Cf. EQUIPO DEUSTO, *La figura del educador de la fe*, en "sinite", 17 (1976) 52, 524.

30. L. SORAVITO, *Identidad del catequista que hay que formar*, op cit, 81.

menta impotencia ante Ella, pues ante la pobreza de su voz se revela la potencia de Dios. Lo pone en crisis cuando se vuelve repetitivo sin abrirse y renovarse fielmente a las exigencias de los tiempos. Rechaza ciertas "formas de claridad" que le impiden entrever el sentido del misterio y apagar su sed de búsqueda al preferir la posesión serena y tranquila de las verdades cristianas. En la vida del catequista es donde "resuena" en primer lugar la Palabra de Dios, que anuncia a sus hermanos.

Pero en realidad "el primer servicio catequético no consiste en el anuncio sino en ponerse a la escucha religiosa de la Palabra"³¹. Una escucha atenta y dócil, con el ánimo de fe y con la actitud de dejarse interrogar por Ella, reconociendo al Dios que habla y espera una respuesta; descubrir la novedad que existe en el confronto de la Biblia con las experiencias cotidianas; queriendo siempre convertirse a la Palabra, sintiéndose pobre y humilde y acompañando la lectura con la oración³².

Estar a la escucha de la Palabra de Dios significa conocerla cada vez más en sentido profundo, hasta acogerla como orientación de la vida y fundamento de la esperanza³³. Para ello el catequista está invitado a alimentarse de la Palabra como sugiere el texto de la vocación del profeta Ezequiel: "Hijo de hombre, come lo que se te ofrece, come este rollo y ve luego a hablar a la casa de Israel. Yo abrí la boca y me dió a comer el rollo,... lo comí y fue mi boca dulce como la miel" (Ez 3,13).

Una vez escuchada la Palabra de Dios y acogida con todo lo que ello implica, el catequista es llamado a anunciarla. Este anuncio implica no sólo leerla en alta voz para los demás y enseñarles a memorizar pasajes significativos; es algo más. Anunciar la Palabra de Dios es presentar también la experiencia de fe de la Iglesia en su historia y en la forma que ha sido interpretada y "codificada" en expresiones de fe tales como símbolos, dogmas, declaraciones del Magisterio, teología, celebraciones litúrgicas, etc. También es poner en movimiento un aprendizaje permanente de búsqueda y profundización de la fe capacitando para "interpretar" los signos bíblicos y experienciales, es decir, formar "oyentes" de la Palabra de Dios e intérpretes de su llamada contenida en una amplia gama de signos³⁴.

Ser catequista es también ser profeta. Vale decir, extender su servicio a la "lectura y a la interpretación de la historia, para captar en ella la Palabra que Dios pronuncia también hoy para nosotros"³⁵. El catequista ejerce su minis-

31. G. GATTI, *Ser catequista hoy*, op cit, 39.

32. Cf. *Ibidem*, 40.

33. Cf. L. SORAVITO, *La identidad del catequista que hay que formar*, op cit, 77.

34. Cf. *Ibidem*, 79.

35. *Ibidem*.

terio profético interpretando los signos de los tiempos y ofreciendo una "lectura religiosa" de la historia, de los acontecimientos cotidianos del hombre y de todas las situaciones humanas, buscando en ellos la presencia o la ausencia de Dios³⁶.

Anunciar que el "Reino de Dios está cerca" (Mc. 1,15), indica una urgencia de conversión y cambio de vida. Enseñar que se vive en un momento favorable que comporta en sí mismo un juicio que ayuda a clarificar la propia vida, sentirse implicados ante la presencia real de Dios mismo en su Palabra que debe ser anunciada a todos los hombres sin excepciones, para que nadie se sienta excluido de El. Esto compromete en la búsqueda de una respuesta inmediata que no debe dejar pasar más tiempo "ya que mañana podría ser demasiado tarde"³⁷.

"En las comunidades cristianas primitivas el catequista es sobre todo el maestro, experto en la Escritura, en grado de releer y de interpretar la vida cotidiana a la luz del acontecimiento Jesús y del acontecimiento Pascual"³⁸.

Hoy el catequista, frente a un mundo descristianizado tiene el desafío de refundamentar la fe, de darle nueva consistencia y de encender esa fe en aquellos que no creen. A todos darles claves de lectura de la historia desde una perspectiva religiosa. Concientizar a la luz del Evangelio de las situaciones de esclavitud "que el mundo llama con tanta frecuencia "su" libertad"³⁹ para ayudar a liberarse de ellas.

Servicio profético del catequista en favor de la Palabra de Dios es enseñar con firmeza que "Cristo ha restituido el mundo y el hombre a Dios", pues El ha vencido el mundo⁴⁰.

El servicio a la Palabra de Dios comporta un "ministerio", el de la Palabra. La Iglesia reconoce en algunos servicios, que hacen su esencia más profunda, representando una importancia capital para su vida interna, la categoría de ministerio⁴¹.

36. Cf. *Ibidem*.

37. Cf. G. GATTI, *Ser catequista hoy*, op cit, 44-45.

38. L. SORAVITO, *Catequista*, op cit, 171-172.

39. JUAN PABLO II, Discurso del Domingo de Pascua, en "L'Osservatore Romano" 17-18 de abril de 1990, 5.

40. Cf. JUAN PABLO II, Discurso del Domingo de Pascua, op cit.

41. Cf. A. GINEL, El ministerio del catequista, una tarea eclesial para hoy, en "Sinite", 17 (1976) 531-536.

La Iglesia existe por la Palabra y para la Palabra, nace de la escucha y vive para la proclamación de la Palabra escuchada. Ella encomienda al ministerio catequístico la meditación sapiencial de los signos de los tiempos para rastrear la dirección de la historia bajo la acción poderosa de la Palabra. Su ministerio es una mediación autorizada para esta labor ⁴².

Existen para el catequista tres niveles de escucha: Profético, eclesial y sapiencial. Profético, cuando se identifica con los acontecimientos del Pueblo de Dios y de Jesús, dentro del gran acontecimiento pascual; eclesial, cuando se pone a disposición de Dios que siempre sale al encuentro de la vida del hombre, especialmente en su Iglesia; sapiencial, cuando se reflexiona sobre la realidad y la historia descubriendo la presencia y la voluntad de Dios manifestada en estos signos ⁴³.

El servicio catequético como "ministerio catequético" podemos enmarcarlo en el ministerio profético de Cristo, ya que El lo participa al pueblo profético; manteniendo ciertas relaciones con el ministerio sacerdotal y real de Cristo y su pueblo ⁴⁴. Ministerio que está entonces, en estrecha relación con los sacramentos del bautismo y la confirmación. En este sentido se puede decir que la intencionalidad de la catequesis es iniciar, consolidar y desarrollar la fe nacida de la escucha de la Palabra ⁴⁵.

Formar al catequista en esta relación a la Palabra de Dios, está muy ligado con el tema anterior del testimonio. El desafío es darle todos los elementos a fin que logre ser el que atestigüa lo visto y oído sin miedo a los hombres. Su ministerio estará encaminado al diálogo y la presencia, a la acción, la oración y la celebración, a la pobreza, la sencillez y la alegría ⁴⁶.

El catequista es un servidor fiel de la Palabra de Dios que está destinada al hombre.

"Por lo tanto, que nos tengan los hombres como servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien lo que en fin de cuentas se exige de los administradores es que sean fieles" (1Cor. 4,1-2).

Ser fiel a Dios y a su Palabra significa ser fiel al hombre que la recibe. Así como no es dueño sino administrador de la Palabra, tampoco es dueño ni se im-

42. Cf. A. BRAVO, El ministerio catequético, en "Teología y catequesis" 3 (1982) 338-339; Sobre el tema del ministerio de la catequesis y su misión canónica: JJ. RODRIGUEZ MEDINA, Pedagogía de la fe, Madrid-Salamanca, Bruno-Sígueme, 1974, 438-448.

43. Cf. A. BRAVO, El ministerio catequético, op cit, 346.

44. Cf. Ibídem, 340.

45 Cf. Ibídem, 341.

46. Cf. Ibídem, 347.

pone a los hombres que la escuchan. Aquí, ser fiel al hombre es darle todas las oportunidades para que pueda, no solo conocer, sino también cumplir con la Palabra de Dios y su diseño amoroso, según la realidad en que vive. Esta doble fidelidad exige de los catequistas no sólo estudiar la Biblia, sino conocer al máximo posible la realidad que circunda a los oyentes de la Palabra ⁴⁷.

D. Su relación con el mundo

Para completar la identidad del catequista, éste no sólo tiene una relación con lo sobrenatural, sino también con el mundo actual, ante el cual muestra vivencialmente lo que significa ser cristiano, de manera coherente, convincente e integrada, sin refugiarse en dualismos o evasiones religiosas. Ser catequista implica un esfuerzo por mostrar modelos reales y válidos que permitan un proceso de identificación con la comunidad cristiana a la que se dirige ⁴⁸.

Un fuerte cambio de mentalidad en la concepción de las tareas de la catequesis, implican también una revisión en la adaptación del catequista. Estos grandes cambios que van desde la improvisación a la cualificación; del voluntariado al ministerio; de repetidores de cosas a profetas; de devocionistas, integralistas u horizontalistas a animados por profunda caridad hacia Dios y hacia el prójimo en su "situación" concreta ⁴⁹.

En las modernas transformaciones de nuestra sociedad, que en parte ha roto sus relaciones con las religiones institucionalizadas, en un mundo en el que la obra de Dios viene siempre menos percibida, en una humanidad que se vuelve árbitra y patrona de su porvenir, la catequesis tiene como primera finalidad, hacer entender y descubrir el significado, crear el sentido verdadero de las cosas y de la vida que hoy debe ser, más que nunca, revelación e interpretación ⁵⁰.

"Hoy cuenta, no tanto la fidelidad al pasado, cuanto la transformación del presente y la preocupación por el porvenir" ⁵¹.

La renovación catequística implica no sólo renovar el modo de exposición de la Revelación (nivel de contenido), sino también renovar la demanda y las formulaciones de preguntas religiosas por parte de los hombres en búsqueda

47. Cf. S. PINTOR, *Identità e formazione del catechista*, op cit, 17-18.

48. E. ALBERICH, *La formación de catequistas*, en "Teología y Catequesis" 3 (1982), 375.

49. Cf. A. VIGANO, *I Catechisti per la vita cristiana degli anni '80*, en "Catechesi" 51(1981), 3,27-28.

50. G. BOURNIQUE, *Il nostro compito: le esigenze fondamentali dell'azione catechistica*, en SACRA CONGREGAZIONE PER IL CLERO, *Atti del II Congresso Catechistico internazionale*, Roma, Studium, 1971, 131.

51. *Ibidem*, 130.

del significado (nivel de oyentes en "situación" cultural y temporal) y renovar la forma, el estilo y las actitudes de los catequistas (nivel de agentes de la catequesis) ⁵².

Formar catequistas para que estén atentos a la problemática y a los valores humanos, significa darle todas las posibilidades culturales para entender este mundo y poder participar de él (artes, ciencias humanas, participación política, etc.) ⁵³, interpretando e identificando contenidos escondidos y no manifestados, de los interrogantes humanos. Que el catequista sea un hombre de su tiempo, significa hacerlo participar con la historia, dos veces milenaria de la Iglesia, en la transformación radical de los valores de este mundo que están en contraste con el Evangelio. Educar la demanda humana significa tener más presentes las aspiraciones profundas del hombre, que los deseos espontáneos o las carencias temporales de los individuos o grupos. El debe interpretar y reconstruir la demanda para que gire en torno al absoluto, para que pueda intervenir en la historia de los hombres ⁵⁴.

Si bien es cierto que cada vez más, existen buenos manuales, textos y catecismos en todas las naciones, es esencial la formación de aquellos agentes que pondrán en obra los proyectos catequísticos. Cada manual lleva siempre detrás de sí un compromiso y unas exigencias, pero es de vital importancia que los catequistas sepan llevar estas propuestas (nivel de contenido) al mundo real y concreto donde se mueven sus oyentes. Conocer el mundo para adaptarle el mensaje, ejercitando el carisma de comprensión y de interpretación espiritual, es un desafío en la formación de los ministros de la catequesis ⁵⁵.

"El ejercicio de la catequesis resultará potenciado por el testimonio de una espiritualidad unificada y armónica, donde se presentan conjuntados e integrados mensaje y compromiso, fe y vida, acción y contemplación. En cambio pierde vigor y credibilidad la acción catequética de personas que viven al margen del mundo y de sus problemas, o que hablan de la fe sin tener sentido de la realidad" ⁵⁶.

Ser un hombre de su tiempo, identificado con su gente significa vivir desde adentro los problemas y preocupaciones de quienes lo rodean. Cuestiones tales como la familia, el trabajo y la sociedad, no le son ajenos. Ante la tentación de refugiarse en su pequeño mundo, es necesario promover una

52. Cf. *Ibidem* 133.

53. *Sobre catequesis y acción política* Cf. E. ALBERICH, *Catequesis y praxis eclesial*, Madrid, CCS, 1983, 171-177.

54. Cf. G. BOURNIQUE, *Il nostro compito...*, op cit, 135 - 137.

55. Cf. *Ibidem*, 138-139.

56. E. ALBERICH, *La formación de catequistas*, op cit, 375.

conciencia de responsabilidad socio-política, abierto al ancho horizonte de la "diaconía" cristiana. La fisonomía espiritual del catequista une las tareas de discernir su relación con las personas y su acción en el mundo con su esfuerzo espiritual, de donde saca fuerzas para su trabajo ⁵⁷.

Decir al catequista que sea un hombre de su tiempo también quiere decir que sea un conocedor de su cultura, a la que debe pretender evangelizar en su accionar catequístico. Aún cuando trabaje con grupos pequeños, apunta llegar, por intermedio de éstos, a toda la cultura ⁵⁸. Para esto, posee un lenguaje en el que pueda darse a entender a sus oyentes, Maneja un proceso de comunicación con dos elementos muy destacados: por un lado está el mensaje contenido en la Biblia, la Tradición y el Magisterio (elemento de contenido) y por el otro lado están los oyentes a quienes se dirige, con su cultura, su lenguaje y sus formas de expresión (elemento del destinatario "en situación"). El catequista es quien está en medio de estos dos, uniendo el lenguaje bíblico, tradicional y magisterial a la experiencia vital de sus receptores ⁵⁹.

"La evangelización no sería completa si no tomase en consideración la interpelación recíproca que se hacen constantemente el Evangelio y la vida concreta, personal y social de los hombres. La catequesis es un momento del Ministerio de la Palabra. El catequista proclama la Palabra y deja abierto un camino de comunicación entre Dios y el hombre que escucha la Palabra para que puedan encontrarse en la intimidad de un recíproco abrazo" ⁶⁰.

Una consideración práctica para la inserción del catequista en su tiempo y su cultura, es la capacidad que debe tener para animar un grupo, especialmente a través del camino de la fe. Sus relaciones humanas tanto personales como grupales son casi indispensables ⁶¹. También la capacidad de "vivir en grupo" con sus hermanos catequistas, programando juntos sus trabajos pastorales. El grupo mejora el compromiso de asegurar al interno de una comunidad, en modo orgánico y continuo, el anuncio y servicio de la Palabra hecho en una forma actualizada. Juntos, los catequistas maduran en una experiencia de identidad eclesial profunda ⁶².

57. Cf. *Ibidem*, 375 - 376.

58. Cf. A. VIGANO, *I catechisti per la vita cristiana...*, op cit, 32.

59. Cf. *Ibidem*; sobre el tema del lenguaje ver, E. ALBERICH, *La formación de catequistas*, op cit, 382-383; y también el amplio tratado de O. DUBUISSON, *El acto catequético: su finalidad práctica*, Madrid, CCS, 1989, 32-93.

60. R. GRZONA, *Formación espiritual del catequista*, en JUNTA CATEQUISTICA CENTRAL, *2o. Congreso Catequístico Nacional 1987. Semana de estudios*. Buenos Aires, Don Bosco Guadalupe, 1987, 210.

61. Cf. E. ALBERICH, *La formación de Catequistas*, op cit, 381-382.

62. Cf. A. VIGANO, *I catechisti per la vita cristiana...*, op cit, 42; también R. GRZONA, *Formación espiritual del catequista*, op cit, 208-209; y también G. GATTI, *Il gruppo dei catechisti*, Leuman (Torino), LDC, 1985.

CONCLUSION

Hemos intentado clarificar el perfil del catequista y la necesidad de estimular su espiritualidad.

Si observamos la línea del tiempo, veremos cómo se han profundizado ciertos temas: El catequista ejerce un ministerio "de hecho" en la Iglesia, aunque su reconocimiento oficial quedará en manos del Pastor. Tal vez en esta área sería muy útil una nueva definición del tema que clarifique el reconocimiento que se le da al catequista en la Iglesia, pues se ve con más claridad que ser catequista es una vocación en la Iglesia, es decir, un don de Dios que es pedido en la oración por toda la comunidad y apoyada por ésta. Sin lugar a dudas, las características principales que tiene un catequista son: la fe, el testimonio y la fidelidad al mensaje, a Dios y al hombre. Ya la forma de desarrollo de estas características, es diversa según los ambientes y necesidades.

Hemos visto que la formación espiritual en la que insisten tanto los documentos eclesiales como los estudiosos, es una gran ayuda para lograr la identidad del catequista en la Iglesia, que también tiene su perfil espiritual, y que, cuando éste está bien definido, repercute para bien de la catequesis que desarrolla.

La espiritualidad del catequista es concreta, basada en la reflexión de la Palabra de Dios que comunica y atenta a los oyentes en su situación. Estos dos polos de la espiritualidad del catequista tienen que estar en un buen equilibrio. Reducirse solamente a uno, sería traicionar la esencia espiritual del ministerio catequístico: El espiritualista, que por buscar sólo alimento espiritual en las cosas trascendentes (sentido verticalista), pierde de vista la dimensión espacio-temporal (historia y situaciones humanas) de sus oyentes. El activista, que reduce su ser de catequista al hacer muchas cosas, aún en favor de sus hermanos (sentido horizontalista), sin dar tiempo a la reflexión de la Palabra de Dios y del mismo contenido del Mensaje que proclama. De esta manera, uno y otro pierden su identidad catequística, desvinculándose del sentido de su ministerio, de su vocación y de la misión que el Señor manda para él. Se aprecia entonces una fuerte necesidad de evitar dualismos.

Ser catequista en la Iglesia, significa compartir con Ella su situación misionera, que a diferencia de Israel, que siempre retorna a la Tierra Prometida, la Iglesia, tiene su momento cumbre en el mandato de "salir, partir para el mundo entero...". Una Iglesia que en su conjunto ponga sus acentos e intereses en sí misma, restándole interés a Cristo o a su Evangelio, no interesa

63. Cf. U. VON BALTHASAR, *Abattere i bastioni*, en P. BRODOLONI, *Il Ministero e la Spiritualità del Catechista*, Roma, Paoline, 1990, 26.

para el mundo y no da respuestas desde la fe al hombre de hoy⁶³. Por lo tanto el catequista, debe estar atento a Dios y al mundo, viviendo desde la Iglesia.

La actitud de un catequista con identidad espiritual "encarnada" será la de ir allí donde está el hombre, con el coraje de amar sin reservas; no replegarse sobre sí mismo ni sobre su comunidad; aprender a ser evangelizador donde vive y también donde vive la gente; hacerse cargo de las diversas situaciones concretas en las que se debate la libertad herida de cada hombre⁶⁴.

"La espiritualidad del catequista hay que entenderla, por tanto, como una dimensión permanente, que abarca, de modo orgánico, unitario y coherente, su persona, preside y anima los diversos momentos de su obrar, implicando las opciones pedagógicas y metodológicas, promoviendo una síntesis entre su vida y su fe, su ser y su obrar, de modo que llega a hacer más transparente y creíble la propia experiencia en la comunidad"⁶⁵.

Formar espiritualmente a los catequistas, implica tener presente para ellos: la integración de la propia personalidad sobre un proyecto de vida que nace de la escucha de la Palabra de Dios; acoger a Cristo como sentido y fundamento de la propia existencia; hacer coincidir la exigencia de la madurez humana con el ser cristianos creyentes, catequistas, miembros activos de la comunidad; crecer como personas capaces de equilibrio, de diálogo, de iniciativa, de colaboración⁶⁶; estar atentos, en fin, a todas las situaciones del hombre, para llevarles la posibilidad de comprenderlas bajo la luz de Cristo.

Las características más específica de la espiritualidad del catequista pueden entonces decirnos que él es:

-Una persona capaz de una *espiritualidad en situación*, lejana de un espiritualismo desencarnado, evasivo y esquizofrénico; que no es tampoco de una "espiritualidad de los intervalos" que piensa encontrar a Dios solamente en algunos momentos privilegiados de oración. La espiritualidad del catequista está dentro de lo cotidiano, capaz de poner en diálogo la fe con la vida, interpretando la vida como historia de la salvación, abierta a los signos de los tiempos y no encerrada en un beato aislamiento, sino responsable en los sucesos de las personas y sus confrontaciones.

-Una persona que vive una *síntesis orgánica* y una unidad dialéctica entre las tensiones espirituales de la vida cristiana (como la oración) y la fidelidad a la "tierra", contemplación y compromiso social; es decir piedad de trascendencia y piedad de solidaridad. Es una espiritualidad que está dentro de una espiritualidad eclesial, personal y comunitaria⁶⁷.

64. Cf. P. BRODOLONI, *Il Ministero e la Spiritualità del Catechista*, op cit, 28.

65. G.GATTI, *Espiritualidad del Catequista*, en J. Gevaert, Diccionario de Catequética, op cit. 343.

66. Cf. P. BRODOLONI, *Il ministero...*, op. cit. 135.

67. Cf. *Ibidem*, 139.